

cuaderno de la IV^a parte del *Hermes III*: *la Traducción de Serres, nº 194*

IV. – LA TIERRA

Roumain y Faulkner traducen la escritura*

A distancia apreciable de los doctores asépticos, de los wasps**, de los cuadros neuróticos y de los teóricos de la autopsia conceptual, existe una literatura. Donde las palabras dicen las cosas, el hambre, la sequía, el pueblo repartido de odio, el agua, el sol que pesa, el amor. La gran muchacha bella anunciada por el camino, como un milagro, la desnuda muerte que paga caro un instante de felicidad y que no paga demasiado el porvenir de la tierra. La queja baja de los campesinos.

Toda la vida me imaginé que la ciudad había inventado la separación. Y por esto los de los burgos, los burgueses, viajan. Para quitarse el capote, como ellos dicen. Exiliados desde el comienzo, confesión de su estado. Y por esto aprenden lenguas. Nunca nadie ha aprendido sino en el hueco de una carencia. El campesino nunca está realmente en el extranjero. No siente necesidad de recorrer la tierra porque la habita. Sedentario de lo universal, hablando su dialecto paisano. Serbia, china, griega, haitiana, turca, de Carolina o de Ucrania, la tierra, base de una dignidad del cuerpo, exige una relación y gestos que por todas partes son los mismos. Internacional no nombrada de los cultivadores, la clase humilde, los hombres del *humus*. Pronto asesinados, sin esperanza, no existe crisis mundial más grave que la de la agricultura. En las orillas malianas del Níger, hombres y mujeres pescan, riegan los tomates, hablan indefinidamente, son las orillas del Garona. Bambara, te creía mi hermano, eres mi padre. Mi padre marinero sobre nuestra gabarra piragua, mi padre de espalda quebrada por las sementeras de maíz o de mijo. Negro no es un color, es un nombre; el nombre de los últimos agricultores; el verdadero nombre propio de mi padre, y el mío, por herencia. África, la tierra, mi tierra, mi madre finalmente encontrada.

Para las gentes de cultura y de agricultura, la historia se mueve tanto y tan poco como un árbol. El árbol genealógico. Uno de los sentidos posibles de algunos paisajes milagrosos de Italia yace, hundido desde hace milenios, en Columela y Varrón. Verdaderamente sólo ha cambiado a mediados del siglo XX. Por medio de buldózers, lagos de colinas, represas. En Toscana también la eternidad cambia. En África resiste mejor. Y sin embargo la ciudad, la civilización urbana, no se ahorra el ingeniero, el geógrafo y el etnólogo. La tierra conlleva las inercias y las invariancias del tiempo. Se burla bastante de la historia por medio de esa suave ironía que practican los que hablan verdaderamente el dialecto, con respecto a los otros que lo han aprendido para defenderlo. Ella permanece adujada, redonda, en gatillo de fusil, en el seno de los regresos cíclicos, aleatorios y normalizados, de las lunaciones hembras, del sol mayor, del agua anunciada.

* Jacques Roumain. *Gouverneurs de la rosée*. Les Éditions Françaises Reunis, 1946.

** En los Estados Unidos de América, acrónimo de White Anglo-Saxon Protestant (n. del t.)

Lo que permanece en la tierra es el mundo; lo que cambia es la ciudad.

Siempre imaginé que la ciudad había inventado la política. Que yo sepa no es una imaginación, es la lectura más obvia. La que dice también que quizás inventó la historia. ¿Dónde se capitaliza la información? Todo ocurre como si el mundo rodara en dos tiempos al menos. El de las aceleraciones, de las dinámicas, clavado aquí y allá en un espacio de tiempo inerte. Megalópolis que al invadir la tierra la desenraíza de su eternidad, de sus estabilidades astronómicas. El final de las culturas está en el horizonte del fin de la agricultura. La tierra había inventado la religión en tiempos inmemoriales. Todas las religiones son agrarias, constituyen el conjunto del saber y del pathos campesino. No existe una nueva religión desde hace algunos siglos, y no a causa de una imaginaria decadencia –como parece decirlo Nietzsche– sino porque nada había cambiado fundamentalmente, desde la última en fecha, en nuestra relación con la tierra. Si ella se transforma verdaderamente, como en nuestros días, veréis florecer una nueva. O no, si la industria la cambia. Por naturaleza la revolución industrial es anti-religiosa: ella borra la necesidad. La humanidad masivamente atea data de acá, y sin retorno. La agricultura es una práctica religiosa, la religión es la manera electiva de expresar las prácticas campesinas; la industria es una práctica racionalista atea; el racionalismo ateo es la manera adecuada de manifestar las prácticas industriales. Toda crisis de religión es una crisis de la agricultura, todo residuo religioso es una manera de resistir, a la vez, a las metástasis de la ciudad y a las de la industria; todo esto es verdad, hasta la recíproca.

Los burgueses son pues los que habitan la ciudad. No hay sino una ciudad, la inmensa Megalópolis que cubre con su red la mayor parte del hemisferio norte. Ella cuenta, sobre sus caminos y en sus muros, con una clase mundial, la de los burgueses. Ahora bien, Megalópolis está al final de su historia, esta aventura comenzada en el Neolítico. Constata en la inconsciencia el fracaso de sus modelos de evolución, de economía, de cultura, de ética y de ideología. Ella vive este fracaso. No lo sabe porque toma la velocidad de su modo de andar inerte por una aceleración. Repite. Ahora bien, la repetición es la muerte. En la actualidad, y después de un buen siglo, nada parece poder tomar el relevo que permita sobrepasar esta marcha inerte y romper el encantamiento de estas repeticiones. El porvenir está en el sur.

El peligro para el sur, el peligro para la humanidad entera está en imitar los modelos de Megalópolis. Los modelos de una clase mundial que se han desgastado, en la historia, su tiempo de razón, de trabajo, de sangre y de violencia. Los nuevos proletarios, la otra clase mundial, la de los agricultores del hemisferio sur. Quizás ellos puedan utilizar algunos medios salidos de Megalópolis, que sólo tiene medios (y que sólo sabe y puede repetirlos) pero no deberían tomar prestados sus modelos, que han fracasado todos. Para el porvenir del mundo es forzoso esperar que Marx será negro. Que hará bascular la geografía y la historia por caminos nuevos, inimaginables en otra parte distinta a África y a América del Sur. El tercer mundo es el mundo por venir, es la historia por escribir, es el nuevo recomienzo del tiempo. El nuevo nuevo mundo. Que el antiguo se desgasta en matar.

Dijimos algunos medios, no los modelos. Leemos con esta esperanza la literatura llamada del tercer mundo. Temiendo que repita nuestros esquemas o busque importarlos. Con la esperanza de que los destierre y descubra lo nuevo. Manuel, el héroe de los *Gobernadores del rocío*, testimonia un equilibrio vital, una fuerza y una sabiduría que prometen esta novedad. ¡Ay! él es portavoz tres veces. Pero ¿cómo porta esta voz?

Equilibrio mayor entre lo que se dice, en palabras expresas (como una tesis de razón, un acto imperativo) y lo que es contado de la vida como ella va, el relato. Equilibrio que se burla y ríe, con la lágrima en los ojos, de la contradicción manifiesta entre el relato

y la tesis. ¿Manifiesta para quién? Yo, negro, vencido por la pulsación del tambor, en lo más secreto de la sangre que truena, yo danzo, bailo, rumbéo, y bailoteo toda la noche, meneo toda mi rasca, y me entrego por completo a los misterios; pero cuando llega el día, pienso, razono, discuto, argumento, organizo la revuelta de los pobres y el convite de los habitantes, a nombre de una práctica, razonable como la ciencia. Se han necesitado cientos y cientos de años, y los libros de Nietzsche y todo lo que de ellos se sigue, para volverle a enseñar a Occidente (que los rechaza aún y que morirá quizás de negarlos siempre) estas reconciliaciones simples, vividas todos los días, en la paz del cuerpo, entre los brazos del Níger o en el golfo de Méjico. Conocidos también por nuestra madre Grecia, hija también del hambre, y por nuestros padres campesinos en los meandros del Garona. Una sabiduría que no tiene color sino que la da por entero las necesidades de la tierra. Que reúne la razón política y la tradición hundida del *pathos* religioso. Por medio de las bodas inesperadas, anunciadas, consumadas, de la tierra y del árbol, del sol y del agua. De Annaïse y de Manuel.

Lo que está escrito como una tesis, inducido del estado de cosas y de la relación de fuerzas como una ley, indicado como una regla, anunciado como una esperanza. Acá tenemos al hombre de la bufanda roja; llega de Cuba, en las horas ardientes de la sequía, del odio, de la separación que retarda la lluvia. Luchó durante muchos años contra la explotación capitalista. Contra el pillaje de las tierras pobres. La rabia en el vientre; cada hombre cargado como un fusil, con su rabia hasta la jeta. Pues matar a un Haitiano era matar a un perro. Nos llaman negros pies-en-tierra, negros a-pie-limpio, negros-dedos-del-pie, a nosotros miserables, sin zapatos; nuestros pies grandes de trabajadores de la tierra algún día os los meteremos por el culo, bellacos. Él llega de Cuba donde una noche debió matar a un hombre de la policía rural para poder sobrevivir. Tomó distancia, viajó, luchó, aprendió, sabe. Sabe que un dedo es delgado y débil, que el otro no es más apuesto, y este último, completamente solo y por su cuenta...; que sólo el puño cerrado es sólido, macizo, recogido. El No a mil voces. Regresa a su tierra, a casa de su madre, a su hogar y a sus campos. Sabe que el mijo, los bananos, las papas y el maíz no volverán a ser de los Fondos-Rojos, si los habitantes no constituyen el convite de los hermanos, más allá de los odios genealógicos. Los tiempos antiguos lo habían conocido; el asesinato reciente lo ha deshecho, es imperativo superar este desvío de la historia. Dialéctica simple y transformación de la tierra, todo está en su sitio claramente: Fondos-Rojos y bufanda roja, el negro es el rojo. Ley, regla, esperanza, y tesis expresa.

Y acá está el problema, se le plantea a Manuel. ¿Hay habitantes en Cuba, habitantes entendiendo esta palabra profunda como campesinos? ¿Con un pedazo de tierra, la gallina, la vaca? No. La tierra es de Mister Wilson, así como la fábrica de producción de azúcar. Frente a él, trabajadores, asalariados, para cortar caña, mientras que él se dedica, con otros doctores, a reenviar una bola blanca con un lavadero de detergente. Manuel reflexiona: adaptar la regla, la tesis y la ley al medio agrícola tradicional. Es el tema del libro: cómo transportar la práctica revolucionaria a las pequeñas parcelas donde mueren de hambre pequeños propietarios, explotados por los acreedores, Hilarión y su Florentina. Y cuando la lluvia tarda en venir. No es un pequeño problema; sin duda uno de los más grandes del mundo de hoy. Donde los agricultores, en masa, son los más explotados por la industria, donde la tierra se divide en Megalópolis y el espacio rural, la verdadera frontera, el abismo. Yo no digo que Roumain lo resuelva, incluso es probable que no lo resuelva (en el supuesto que sea resoluble así no más) en una página en blanco, con palabras. Roumain no es Renaud Jean ni Mao Tsé-tung. Pero si no lo resuelve, al menos él enuncia sus condiciones y sus presupuestos. Y las condiciones son severas, exigentes.

Tienen que ver con los hechos de la necesidad. La práctica industrial, desde que

se disemina y se convierte en la referencia mayor de la cultura, pone en crisis, hace fracasar a esta vieja noción agraria. Como si existieran dos físicas del mundo vivido por debajo de toda física activa y experimentada: la de los estoicos, donde tal parte de las cosas no depende de *nosotros*, la que perdura –por medio de Descartes– a través de las fundaciones del saber experimental; y la que afirma que la *humanidad* nunca se plantea mas que los problemas que ella puede resolver. Ésta es industrial; la otra es rural. Ésta es verdadera de parte a parte y sin residuos distintos a los virtuales en el espacio de las ciudades, de las fábricas, del trabajo dominado, de los laboratorios; verdadera con referencia a los sistemas recientemente formados de la razón eficaz, de la razón como superestructura bien fundamentada. Sin embargo ella deja una laguna, por desplazamiento de la infraestructura, una laguna visible en el espacio y en los sistemas agrícolas. Es posible que este desplazamiento sea, para el tiempo y el sentido de la historia, completamente regresivo, orientado hacia el arcaísmo; además para el espacio mundial se impone aún a las tres cuartas partes de la humanidad. En el tercer mundo se plantean cuestiones frecuentemente las más angustiosas, cuestiones primarias, abiertas y sin respuesta a escala del grupo social tal cual, en su espacio ecológico. Cualquier campesino sabía antes de que la razón lo demostrase, de Laplace a Brillouin, todo campesino sabía, en sus manos y por su hambre, que la meteorología local es estocástica en el seno de un sistema global de regularidades. Existe la ley, y puedo mandar si la obedezco; tenemos el juego, la suerte y el alea, y está acá lo real, y nosotros no podemos nada^{♦♦}. Laguna anchurosa por los hechos de necesidad; cuando digo necesidad estoy hablando de los necesitados, de los que tienen hambre y sed, y de las lluvias que no caen, y del suelo árido por donde vuela el polvo. Laguna de lo real tan amplia que precipita a la palabra industrial hacia un idealismo colectivista; como si el mundo, por la práctica de la industria, se hubiera vuelto el hecho, el resultado, la cosa resuelta de las empresas problemáticas del colectivo en general. Cuando los problemas no tienen residuos diferentes de sus soluciones exhaustivas, entonces literalmente son representaciones. Ahora bien, de hecho, cuando el entorno tecnológico es completo, continuo, compacto, coherente, sin desgarradura, como un techo bien amarrado, no dice otra cosa que una versión demostrable, factual, fiable, de esa vieja palabra del sueño idealista: el mundo no es nada mas que representación; versión que hace deslizar el lugar del sujeto, del individuo a su colectividad. El mundo, ese mundo bien formado, sin grieta, es nuestra representación. La industria, en el momento de su nacimiento, exigía filosofías de transformación. Una vez triunfó y se formó su sistema, ya todos sólo transforman lo ya trabajado, lo semi-teórico; ya no existen materias primas, cada vez las hay menos; ya no existen problemas, en las cosas mismas, que no tengan los caminos de sus soluciones trazados en ellas. Lo teórico, victorioso, atraviesa de parte a parte el mundo industrialmente constituido. Sin laguna, con sólo alguna derrota temporal al nivel de los objetos. Por esto ese universo que es el hecho, el resultado, la cosa virtualmente sin sombra de nuestras representaciones, de nuestros problemas resueltos sin residuos. Occidente victorioso en su barril teórico realizado. Es claramente el lugar del idealismo más clásico, al cual nadie se opone en la actualidad. Para sucumbir basta con una astucia: definir el idealismo de otra manera, por ejemplo como la creencia ingenua en otro mundo, definirlo por su contrario, el realismo de las idealidades. Gracias a lo cual uno se instala, con las comodidades del agua caliente en el fregadero de la cocina, el automóvil y de la farmacia, en el más viejo idealismo con el que haya soñado Occidente: el mundo, en torno a nosotros, no es otra cosa que nosotros mismos. Y es verdad, al menos aquí; de acá en

♦♦ < cfr. de Daniel Parrochia. *Meteoros. Ensayo sobre el cielo y la ciudad*. Envigado, co: Piedra Rosetta, 2025 Paláu >

adelante, el único problema que existe es el dominio de nuestro señorío, que el mando del colectivo. Sólo hay politopo exclusivo en los lugares de una tecnología compacta.

Es verdad aquí, no del todo en otra parte donde aún está abierta esa laguna de lo real. Donde la materia de ninguna manera está velada por el techo protector de las razones que se han vuelto reales.

Un análisis de contenido siempre es muy fácil de manejar. Basta con registrar exhaustivamente las diversas codificaciones. Técnica enseñable, distinta y sin oscuridad. El ejemplo escogido es fácil, es verdad. Pero, ¿por qué no comenzar por lo simple? Jacques Roumain expresa claramente una tesis política global, salida del marxismo. Sin refinamientos ni escolástica, y por tanto bien adaptada. ¿Qué hacer, de qué es preciso cuidarse? A partir de acá una serie de soluciones, y una serie de críticas; una práctica razonada, social y directamente agronómica: la eliminación de las ideologías que bloquean el trabajo y el grupo tribal. Manuel expresa las tesis, las practica, las ha aprendido, las aplica. Dice y hace, y se encuentra en dificultades. No se pueden transportar inmediatamente estas tesis y prácticas a un medio agrario donde reinan condiciones determinantes: la tradición familiar, con superestructuras muy rígidas, fundamentadas en infraestructuras arcaicas. El transporte del esquema revela, casi en el sentido químico, la potencia de las ideologías, y, por esto, Manuel va a morir. Manuel, que sin embargo realizaba un equilibrio soberano entre la conciencia vigilante o la razón activa, y el viejo amor familiar con respecto a todo el bloque cultural afro-haitiano. Que sabía trabajar sin sueño, y danzar en el vudú hasta la aurora. Todo el relato entonces vira, y de nuevo, en el sentido químico: relata la pasión de un hombre nacido nativo de la región, y venido de allende las aguas, para rescatar a sus hermanos. El bloque religioso se encierra: el viejo cristianismo tradicional de las Antillas reaparece. Y reaparece sin duda porque la transferencia del esquema se ha hecho sin precaución. Se trataba del sol y del agua, y a la lucha de clase le faltaba un adversario; es cierto que ahí estaba Hilarión para representar la ciudad, a los burgueses y su policía, pero él era poco eficaz. Él juega, trampea, gana, pero no era verdaderamente el adversario directo. El jugador del frente, sutil, cruel, no engaña: es el suelo. Y acá, privado de estrategia, el autor y el héroe, juntos, retoman el gesto ancestral de las relaciones agrarias con el sol y con el agua. El contenido socio-político, de práctica y de ciencia, se gira hacia el contenido de las ideologías religiosas, en torno a ese tercero que es el relato de base, los amores cósmicos del sol y del agua, cuyos productos son los frutos de la tierra. Las producciones del grupo social que trabaja, pues claro, pero desde que haya puesto en regla sus disensiones internas, pero también, pero sobre todo las producciones salidas de las condiciones naturales.

En la cadena industrial la producción está controlada, desde las condiciones iniciales hasta el producto terminado, eslabón por eslabón, y activamente en cada estadio; sin la intervención del trabajo, de la mano, del hombre o del programa, la secuencia se rompe. Para los productos del suelo, un grupo finito de condiciones iniciales es dominable, y las intervenciones activas son discretas en un proceso continuo. En este proceso, nadie —que yo sepa— ha podido nunca nada desde el neolítico. Ocurre. Se produce sin nosotros. Es necesario esperar. Se puede multiplicar sin fin el conjunto discreto de las intervenciones; pero el hilo continuo del crecimiento es autónomo. No se empuja ese tiempo residual sin correr el riesgo de matar su producto. Por eso, ese respeto no dicho que se ignora en la ciudad. Es necesario esperar, a fin de cuentas y al final de las prácticas. El sol, la lluvia, la primavera, la fecundación derrochada, los granos producidos. Roumain no ha podido conocer el gran encierro de la fauna y la flora que clausura al neolítico, en nuestra época, donde el proceso está óptimamente controlado. La nueva historia o el tiempo de los invernaderos. Donde el hombre estará sólo entre prisiones de plantas y

calabozos de bestias. La escolarización generalizada de la biosfera. No se detiene el progreso; él siempre va de afuera hacia adentro. Entonces, sí, ya no se hablará sino de política. Todo el mundo estará en la ciudad. Enclaustrado en su laboratorio. Pero, de nuevo, invernaderos o no, se precisa esperar. Incluso si el fitotrón acelera el hilo. Esperar. Cuando la razón se fija y el cuerpo se detiene, la ilusión los agarra. Todas las religiones, y algunos otros pedazos de la cultura, han nacido de ahí, de esa espera. Es necesario verdaderamente que nuestros buenos profesores hayan nacido de la técnica, de la ciudad y de la industria, para creer ingenuamente que sólo las clases dominantes, anteriormente, tenían tiempo de sobra para inventar la ciencia y todo lo que se sigue. Es preciso que piensen en las vacaciones, en el descanso, de esos otros a los que el trabajo sujeta sin reposo a la cadena. Es imperioso que piensen ese nuevo tiempo homogéneo como un destino humano. No hay tiempo de sobra en el tiempo industrial, pero esta apropiación, este robo es completamente nuevo. El tiempo de más, el tiempo agreste, ocupa al agricultor los tres cuartos de su tiempo. Es el tiempo de la palabra. Así fue como nació la palabra. Ha muerto por el asesinato del tiempo. Y las culturas con ella. Redención espera el regreso de su hijo, y habla con la boca llena de polvo. Todo el pueblo espera las lluvias y habla de los antiguos tiempos. Annaïse espera a su hijo y dice, no, Manuel no ha muerto. Él dice: te esperaré, Ana. Fondos-Rojos espera la lluvia, como el Salvador. El Salvador de antaño aprisionado y muerto. Y Roumain, que sabe todo esto desde hace al menos milenios, miles y miles de años de espera y de cultura, Roumain el hablador, maestro en el arte de la conversación, dueño de la memoria de los hombres, brujo del África ecuatorial, bulto de palabras, sabio en el habla, la nominación y la genealogía, la acción de llegar, el acto de volver, en el círculo del tiempo, el círculo de la espera, el círculo del Sol. El recommienzo.

Él no llega, regresa. No muere, permanece y resucita. Regresa y helo aquí, en el recodo del camino, con su bufanda roja, en la aurora. En el polvo mortal de la desolación. De la insolación y de la soledad. Delira lo esperaba, Bien-amado, Fondos-Rojos y Annaïse. Si alguna vez habéis esperado, esperado verdaderamente el rocío, sabéis quién es el sol. El sol reloj que marca la espera. El sol horno que descompone todo hasta las cenizas. El sol mayor que censura el tiempo. Que es el tiempo fundido al espectro de la identidad. Honor y respeto, amo sol, sol levante. Los hombres negros te saludan. El sol ausente, trastornado tras la madera, la sombra inunda a estos hombres entregados a la desgracia, y luego el alba se presenta, el día de nuevo, parecido al otro y sin esperanza. Sol antiguo, el mismo, ciego de esperanza; nuevo sol, el extranjero de la mañana regresado. El amo formidable y el devastador. El melancólico es descarnado, arrebatado, el sol le ha lamido con un lengüetazo de fuego; rae su espalda desollada con sus uñas rutilantes; lo inspecciona con su ojo rojo y vigilante; lanza flechas de azufre en el sangrado del ocaso. Castiga con su brazo, con su mirada, con su boca y con sus garras. Pesa en las espaldas como un fardo, el peso de la irradiación enceguedora; Manuel marchaba, encorbaba la espalda, como si llevase un fardel. Dios malo, padre vengador, presente como un remordimiento, destructor de la tierra. Duro. *No, el otro fuego*; él abre los brazos, su cara estaba llena de sol. Las naranjas maduras son como solecitos colgados en el follaje. La aurora verdadera está de regreso. Idéntica y nueva.

No hay más agua en el cielo, donde el macho está solo. Ella está secreta en la tierra. En el útero de la tierra. El lugar, abandonado desde hace tiempos, estaba lleno de hierbas y de picantes. Produce sombra, ¡como hace sombra! Las lianas, la sofocación que producen las plantas que es necesario cortar con machete. No se nos creería que afuera hace un solazo. Icitte <por aquí>, gota a gota filtra el sol. Cavar. Vaciado impedido por las lianas que caían en paquetes desenvueltos. La higuera gigante se levanta allá con un

impulso de torso poderoso; el árbol tiene sus raíces en el agua, mano de autoridad sobre la posesión y el secreto de ese rincón de tierra; él tiene su cabeza a pleno sol, sus ramas con la espuma argentada. Ella está allá, la suave, la buena, la que fluye, la cantante, la fresca, la bendita, la vida. Él ríe. Ríen.

El sol Manuel le hace el amor al agua Annaïse, el árbol les es común. Sí, las naranjas repletas de agua y de miel se llamarán: solecitos.

Había una vez algunos doctores asépticos y razonadores; inventaron, sin comprender, esa palabra imbécil: animismo.

Esta fuente corre por la entrepierna del triste. Torrente fresco a causa de los ramajes de mombines o jobos que les hacían sombra. Los helechos, los hay por todas partes por donde rezuma la humedad, una pleita de berro y mentas se empapa en la corriente que se lentifica. El sol goza jugando en los guijarros donde charla el agua. La Dueña del agua es una mujer mulata, peina a medianoche su larga cabellera, música más suave que la de violines. Espera al que la escucha; espera también al borde de la fuente, canta, le sonríe, y le hace signos de seguirla al fondo de las aguas del que nunca volverá a salir. Annaïse, en la fuente, es la dueña del agua, parece una reina de Guinea, con sus nalgas arqueadas, sus senos desnudos, duros y parados, su piel tan negra y lisa. Ella desfallece al borde del agua, como ayer por la tarde cuando él la acarició; ella se sentía estar a la deriva de una corriente donde cada ola era un estremecimiento de su cuerpo; su sangre brotaba del secreto de su carne. Rosalía, lengua picante, está vieja; pecho seco y marchito. Mira con envidia los senos grandes de Annaïse, sus puntas malvas como uvas. El secreto: habrá cañas a lo largo del canal.

Agua mujer, fuente mujer, mujer fuente, corriente, ola, sangre, vino de uva, canal, torrente, humedad. Hundida bajo el follaje. Fuente dibujada como el monte de Venus, feminidad engendradora de las ondas. Gobernador del rocío, a pesar de la apariencia, es una palabra femenina; dueña del agua, divinidad. La formación del mito sorprendida en el estado naciente, a ras del cuerpo, a ras de la palabra. Ahora bien, la palabra religiosa tiene claramente la última palabra: Manuel nunca volverá a subir de las profundidades del pozo. Su machete ha tumbado el follaje, ha develado el secreto del rocío hundido, la mujer mulata es su moza; muere o muere por ello. Es la venganza de la Dueña de las aguas: son peligrosos, sí mi comadre, los espíritus de las fuentes.

La tesis política, expresa y clara como una ciencia, dicta, en un solo movimiento, una práctica sabia del trabajo agrícola y una recta crítica aguda, permanente, de las ideologías y de las ilusiones, religiosas en particular. Manuel no cesa de hundir el clavo, delante de su madre, de su novia, delante de sus camaradas, hundidos en una tradición sincrética donde se mezclan los aportes del cristianismo y los de los cultos afro-haitianos. Existen los asuntos del cielo y los de la tierra, y son dos cosas distintas. El cielo, es el apacentadero de los ángeles bienaventurados, donde el banquete se prolonga en descanso: los ángeles blancos allí cantan toda la jornada o soplan las trompetas; los ángeles negros lavan la ropa. La tierra es la batalla, día a día, el Buen Dios nada tiene que ver con todo esto. No, no es Dios el que abandona al negro, es el negro el que abandona la tierra. **Si Dios quiere: resignación hipócrita que nos dispensa del trabajo. No es mas que desánimo; se espera de la Providencia y Sus milagros, con el rosario en la mano, sin hacer nada.** Las oraciones no la hacen venir. Ella es el propio querer del negro de no aceptar la desgracia; es su voluntad de domeñar la tierra y el capricho de las aguas; es su trabajo prudente de campesino serio. El milagro es el fruto de sus manos. Dios está aquí, es el conjunto del convite. Lo que dices –responde la madre Delira– se parece a la verdad, la verdad es quizás un pecado. Sin embargo un capítulo entero se complace ampliamente en contar el vudú. Allí los habitantes olvidan el hambre y la miseria. La danza y el alcohol

los anestesian, arrastran y ahogan su conciencia naufragada en esas regiones irreales y turbias donde los atisba la sinrazón feroz de los dioses africanos. Todo está en su lugar, lúcidamente: la religión opio, la verdad pecado. Dicen los ignorantes que es fuerte este Aristómeno, incluso apurado, con todo su latín.

Vais pues a morir, anuncia Manuel, como la paja en el horno. ¿Qué habéis hecho? Habéis talado los cerros y lanzado con ello un proceso irreversible. Es menester no rescatar esta falta, es necesario recuperar este error. Os habéis matado entre hermanos. No es preciso absolver este pecado sino borrar las cuentas. ¿Qué hacéis hoy contra las consecuencias? Una sola cosa: cantáis. Gritáis vuestra miseria en loas, ofrecéis ceremonias para que llueva. Estupideces y monerías. Sustituís el principio de razón que organiza la práctica por un intercambio imaginario de dones. La sangre de un gallo o un cabrito no puede hacer virar las estaciones, cambiar el curso de las nubes y llenarlas de agua como vejigas. Culto agrario fundado sobre la idea de una causalidad en estrella, de una eficacia oblicua, sin encadenamiento término a término. La pareja razón-efecto se encuentra fundida en una red de símbolos, en una colección de personajes ilusorios que se hacen regalos. Soñáis con el intercambio y el don, olvidáis la serie física de las causas, que el trabajo encadena en su provecho. El agua no es una gracia, es el fruto de un señalamiento, de una búsqueda y de una excavación. Un descubrimiento querido.

Pregunta para Manuel: si es cierto que la sangre del gallo no precipita el vapor en rocío, ¿cómo hacer en realidad para que llueva? Es seguro que allá faltan la cadena causal, y la eficacia de la razón sobre los efectos, como en la ciencia; ¿dónde está aquí la cadena y sus eslabones prácticos? Acá aparece la mejor lección del relato. Existe Dios –dice él– y los asuntos del cielo; por otra parte existe el trabajo de la tierra. Son dos cosas distintas. La novela duplica la tesis de una historia, de una historia en la que existe el agua del cielo y donde hay agua en la tierra. Son cosas distintas: las nubes de lluvia, los niveles freáticos. Delira y su hombre, Annaïse y su familia esperan el rocío del cielo, Manuel hace de pocero. El símbolo es tan claro que la tesis es lúcida: no levantéis la cabeza, no la perdáis en las nubes; allá os esperan las loas y la Providencia, la necesidad de las estaciones, sus avances y sus retrasos aleatorios que arruinan las cosechas y agobian a las mujeres. A la lluvia se le retrasaron las reglas. Annaïse espera un hijo. Por el contrario, agachad la cabeza y cavad; la tierra dará lo que el cielo nos niega. Sois, por medio del trabajo, los gobernadores de la tierra, ya no estáis finalmente gobernados por el rocío. El agua viene de acá abajo, y tanto peor por otra parte. El símbolo es luminoso, pero lo es cuando hay capa líquida subterránea. Por esto mi pregunta: ¿cómo hacéis en verdad cuando no la hay?

La lección del relato es tan profunda como se lo quiera o como se lo pueda, pero no es universal. El símbolo es local, restringido y temporal. De la historia a su sentido, la consecuencia es buena. Pero no a la inversa, de la tesis a la historia. Cuando no hay aguas subterráneas, a leguas a la redonda, forzoso nos es de nuevo levantar la cabeza hacia el cielo, hacia sus normas con rupturas azarosas, donde tiene su nicho los sueños, las ilusiones, las divinidades africanas y orientales. Nunca se tiene ninguna ventaja con reemplazar un fantasma por un engaño. Pues en rigor hay engaño: Roumain se da el agua a una legua y bajo seis pies. Cuando ella está allá, entonces el convite reunido se plantea problemas que puede resolver. O más bien, si no los zanja en razón de la antigua política, sólo una nueva puede hacerlo. Por esto un cambio de política permite, pero permite solamente resolver los problemas ya resueltos. Desconfiad siempre, como del cólera, de la peste y de las enfermedades incurables, de ese discurso de los políticos, tan constante como la historia, tan viejo como el mundo: “votad por nosotros y el mundo cambiará como por milagro”. Es un discurso religioso él también. El idealismo político, la idea, tan diseminada y falsa de que todo problema es político, viene de aquí mismo, de **una**

confusión entre necesidad por una parte, y suficiencia por la otra. Sí, tal organización socio-política oculta las soluciones, que otra devela una vez hecha la revolución. Pero ella las devela cuando las hay. Que se lo quiera o no, es la materia la que comanda: el mejor gobierno del mundo no puede dar sino lo que ella tiene. Ocurre que ella no descubre bolsillos de agua. Y que tarda la estación de las lluvias. Por eso el engaño del título: gobernadores de la capa de agua, y no del rocío.

Por esto de rebote la crítica de las críticas a este idealismo. Esta es una ley que no acepta excepciones, y que es recíproca: todo idealismo habla por todo y nada. Cuando todo se explica por un polo, cada proposición salida de otra parte es falsa, absolutamente. Ahora bien, nunca hay en ninguna parte, todo o nada. Ni siquiera en matemáticas. Mil prácticas científicas están en embrión, aquí y allá, en lo vago, hasta e incluso en los cuentos de nodrizas. No soy yo el que lo inventa: Leibniz lo ha dicho cien veces, y Homero cien mil. Y Mao Tsé-tung. Los agricultores sabían, antes de los expertos y los agrónomos, antes de Columela y Varrón, antes de que Hesíodo naciera, que **no se tala impunemente un cerro.** Los campesinos de la tierra entera, negros, amarillos, marrones o blancos, saben eso desde la invención de la agricultura. Son los ciudadanos los que talan, o los recién llegados, no los habitantes. Es improbable, el error de Fondos-Rojos. Y esto no es todo: cuando Dessens hizo llover, hace casi veinte años, por medio de cohetes de yoduro de plata y de mecheros poderosos que podían reunir las nubes, fue sorprendido poderosamente al aplicar su técnica en comarcas tropicales o sub-ecuatoriales, al descubrir prácticas análogas a las suyas entre algunos hechiceros africanos. Por supuesto que sin yoduro. Todo esto para decir que la crítica de las ideologías que retardan la ciencia no debe ser llevada a cabo como una operación en bloque sino como un filtraje atento y fino. La crítica vale lo que la ciencia, tras ella vale. O tosca, torpe y mal descuartizada, como un dualismo al modo iraní, o pluralista, aguda, vigilante como las flexibilidades instruidas de las conjeturas y de las rectificaciones. **No hay, nunca ha habido la ciencia por una parte y los mitos por la otra. La parte de saber pertinente, en un mito dado, una tradición milenaria, un pensamiento salvaje, es probablemente tan grande como la parte de mitología que envuelve con ella una ciencia dada.** Sabemos de ello alguna cosa, los otros Occidentales, saciados de ciencia desde hace milenios, y atestados por todas partes de las bufonadas y trampas que se han deslizado bajo ese vocablo.

Recíprocamente, el que dicta para todo y nada es invariablemente idealista. En sus actos y por definición: hace el gesto de repartición, el de los sacerdotes y el de los rituales de siempre, separa lo sagrado de lo profano, la buena semilla de la cizaña, las manzanas sanas de las podridas, lo justo de lo injusto, el elegido del condenado; el mundo real es el de sus prácticas, de sus decisiones, de sus representaciones, todo el resto se puede rechazar. Finalmente forma un segundo mundo, puesto que transporta el filtraje de lo verdadero hacia el tribunal de lo justo; desplazar al práctico o al científico hacia el pretorio es cambiar de espacio y cambiar de leyes, es traducir la precisión en justicia. Es pues idealista, dos veces de hecho y dos veces de derecho. Toda la filosofía de lo verdadero, que toma sus valores en las prácticas de lo real, bascula entonces hacia la jurisdicción, como lo indica la palabra crítica, es decir hacia su fundamento, la fuerza. Ignoro como se lo podría evitar, pero desconfío de los bonetes cuadrados. Cualquiera sea su color.

Él juzga y dice: esto no es sino ilusión. Se hace mitólogo. Me temo mucho sin embargo que no caiga pronto en la mitomanía. Veamos por qué. Recortad sabiamente la franja de lo irracional adherido al saber, pasadla por los ácidos, por el fuego del soplete, por todos los análisis imaginables, corrosivos, disolventes, desoxidantes. Pasad por detrás, por debajo, por encima y por los huecos, no dejéis dormir la sospecha y la duda. Tallad firme y que sea más que menos, llegad hasta la carne. Obtendréis, después de usar el detergente, un producto puro, aséptico, trans-lúcido, limpio y claro como una

habitación de virgen sabia. Esta química, de golpe, se regresa contra sí misma: *este producto, depurado de todo mito, se vuelve completamente mítico*. Los viejos habitantes lo saben desde siempre: no se tala impunemente los cerros. La manía de limpieza, en los límites, es una pulsión suicida. Un saber sin ilusión es una ilusión completamente pura. Donde se pierde todo, incluido el saber. Se trata, más o menos, de **un teorema: no hay mito más puro que el saber puro de todo mito. No conozco otros, a tal punto los mitos están llenos de saber y el saber de sueños e ilusiones.** Por otra parte, ¿cuál es el medio para “purificar” un mito? En otros términos, la crítica no rectificaría nada si la imaginación (o alguna cosa que pueda llevar este inadecuado nombre) no hubiese dado los primeros golpes. Si la crítica denuncia esta prioridad, o a la imaginación misma en su funcionamiento y sus derechos, en su ser, entonces ella detiene el motor mismo del saber, su aceleración, su fuerza de zarzal, su esencia de verdad móvil. Sólo deja de él imágenes detenidas, las viejas certidumbres, el antiguo error, el mito mismo. **El deber de crítica, en ciencias, es secundario con respecto al derecho de soñar.** Es su tributario, su sucesor, su capellán. Sólo es inventor –incluso local– alguien que ironiza a la sombra de un visionario; el que refuta pasa mucho tiempo después de que lo hizo el que crea hipótesis. Hablo de individuos, simbólicamente. Hay teorías fecundas y exposiciones limpias. Ahora bien, la fecundidad crece en el estiércol, la limpieza con la retórica. Inventar, enseñar. El sueño encuentra, la lucidez dicta clases. En la cátedra o en el tribunal. ¿Y qué hacen los jueces?

Por esto la filosofía, reducida a los métodos o a las estrategias de control, pierde la mitad viviente del saber, se involuciona en los sueños antiguos donde ya no se sueña. Crítica y pasteurización. Volteando sin cesar hacia atrás, para borrar los fantasmas, sólo encuentra bajo su mirada estatuas de sal. El límite absoluto a las estrategias de limpieza es la función misma de producir, incluidos aquí los errores. Es un monumental contrasentido sobre la ciencia creerla por entero dedicada a un trabajo de rectificación. Estaría ya muerta la pobre. Por el contrario: soñad audazmente, alguna cosa quedará siempre. ¿Qué es la ciencia? Un mito, sí, renovado sin cesar, que se hace dueño de sí mismo, por autocritica y autorregulación. Pero ¿quién será amo de qué si no existiera ningún margen para soñar? La ciencia vive y se propaga, por este borde de no-ciencia que la fecunda y que la renueva, como los árboles por la corteza. Suprimid este margen, y ella se petrifica. Así toda crítica, excediendo su papel y su poder secundario, es una empresa anti-científica. La historia lo ha mostrado mil veces, antaño, apenas hace poco y ayer por la mañana.

Es posible que no se me crea bajo palabra. Es posible que se diga que no siempre es verdad. Entonces me sería forzoso recomenzar la historia. Y esto sería interminable, y enojoso, por la repetición. ¿Queréis que lo demuestre, aquí y ahora, en el ejemplo actual? La cosa es tan clara que arrastra la convicción. Y por tanto, recomienzo. Manuel recorta el espacio con su bastón; por un lado la ciencia, la práctica, el trabajo, el convite y la tierra; por el otro, las esperanzas vanas, las ilusiones, la pereza, el sueño y la religión: el cielo. Roumain sostiene la punta del bastón y, manteniendo el extremo de la pluma, cuenta su historia para mostrarnos su tesis. Ahora bien, hace un rato dije que con esta repartición de todo y nada se corre el peligro de una inversión completa, el riesgo de que el producto obtenido se vuelva por completo un mito. Es claramente lo que ocurre: el relato no es libre, ni siquiera es isomorfo de la tesis, es un sueño religioso, aquel que incluso el autor, el héroe, todos juntos, querían despachar definitivamente. Incluso leyéndolo sin mucho detenimiento, la novela es una reanudación sin laguna de los *Testamentos* de la tradición cristiana. Una proyección, una depuración simplificada de las sagradas Escrituras. Vamos a demostrarlo.

La mano de la madre. Obertura: *todos nos morimos... ella sumerge su mano en el polvo. La vieja Delira Délivrance sumerge su mano en el polvo. Final: ella tomó la mano de la vieja Delira Délivrance y la apretó contra su vientre donde se movía la nueva vida. Morir, renacer de la tierra. O de las aguas. La muerte y el polvo. Seco. Y el polvo corre entre sus dedos. El mismo polvo que el viento dobléga sobre el campo devastado. El polvo sube del camino. En la cabeza de Delira Délivrance, una mecha gris salpicada de polvo. En la mano, en la campiña estéril, en los cabellos. Todos morimos y Dios no abandona. La orfandad de Dios de los jardineros de Fondos-Rojos no es la de Epicuro o la de Lucrecio, solos frente al polvo caótico de los átomos primeros, mientras que los dioses, olvidadizos, se embriagan en el festín; es la cabeza cubierta de cenizas, la de los excluidos del primer paraíso. Ella recuerda, la mujer invadida de polvo; en aquella época, en ese momento perdido, finito, silencioso, apretado, inolvidable, en ese tiempo hace mucho tiempo, del que tres años sin agua han borrado su huella, como si el otro, la excepción, fuera el bisiesto, *in illo tempore*, existía la armonía, la ayuda recíproca, el maíz cuando se quisiera, la abundancia, el perpetuo banquete. En aquel tiempo. Todos nos morimos como polvo. Trabaja la tierra, sufre de parto, ten hambre y sudor, muere: *quia pulvis es, et in pulverem reverteris*. El relato toma el Génesis en marcha, en el abandono, pero regresa incansablemente al jardín perdido y prometido, al arcaico lugar donde el árbol estaba, el mango verde de promesas, la sed espesa, donde las palabras eran las cosas, la amistad quieta y tranquila, la protección. Donde el sol y el agua hacían el amor, para que todo el pueblo coma profusamente. Bananos, papas, ñames, hasta el despilfarro. Todo se ha convertido en polvo.*

Tres tiempos: el Edén perdido, la espera seca y negra, la llegada de alguien que trae la promesa y que muere gustoso por la reconciliación, *para que la vida recomience, para que el día se levante sobre el rocío. Porque lo que cuenta –dice él– es el sacrificio del hombre*. El jardín sólo es dado por la memoria, el porvenir sólo es feliz como trabajo por venir. Y por tanto el relato es isomorfo de las Escrituras. Es la Escritura misma, donde el que lleva la promesa da el agua del pozo, la sangre y la bebida de inmortalidad. Porque lo que cuenta –dice él– *es la sangre del negro*. Ve, *ve a encontrarlos –dice él– cuéntales la voluntad de la sangre que ha corrido*. A cambio del agua descubierta. La equivalencia del agua y de la sangre, es el Evangelio mismo. Cristo es negro.

El suelo es desértico y el habitante espera. Espera el rocío. Es necesario todavía hablar latín (trueno, es fuerte, sí, es Aristómeno): *rorate, coeli, desuper et nubes pluant justum*. Era la metáfora tradicional, que el justo descende como el rocío del alto cielo; que las nubes se precipitan y que llueve lo justo. Llueve bondad, higos y mangos. La metáfora engendra el relato entero. Llega, es preciso, va a dar agua. El agua que llamamos precisamente rocío. Viene de otra parte y es de aquí, doble naturaleza, es habitante y viene del país que sabemos. Nativo-natal y advenido. *Los niños seguían su gran estatura con miradas fascinadas. Para ellos, era el hombre que había atravesado el mar, que había vivido en ese extraño país de Cuba; estaba aureolado de misterios y de leyendas. ¿Cómo se llama este justo? Manuel. Este es el nombre que él le da, como primicia, a la alta Annaïse, por el camino, en lo alto del cerro, donde la encontró, cuando ella le respondió: gracias a Dios, sí. Manuel, Emmanuel, el mesías, el enviado, hijo de Delivrance y de Bien-amado, él a su vez hijo de Josafat-José, que era hermano de José. La genealogía repetitiva bascula las confesiones. Los secretos yacen siempre en la nominación, a lo largo del árbol de las familias.*

— Pronto te daré una gran noticia, ¿escuchas?

— ¿Qué noticia, qué acontecimiento?

— Todavía es demasiado temprano para decirlo. Pero será un regocijo, verás.

El agua. No ha llegado mi hora.

Ella va hacia él. Su garganta es alta y llena; el noble avance de las piernas; el diseño desenvuelto de su cuerpo. Te saludo Manuel; yo te saludo Ana. Con la punta de los dedos toca su mano tendida. ¿Has venido? Vine. Te escucho, sí. Ningún muchacho me ha tocado nunca. Tengo confianza en ti Me sorprende –dice ella– escuchar tu voz. No tienes ninguna falsedad, eres clara y limpia como una fuente y como una luz. Ella ríe como una tórtola. La paloma. ¿Qué dirías Ana si el maíz brotara? Gracias por la consolación. ¿Si el millo renace? Gracias por la bendición. ¿Ves las panojas, las espigas? Sí, las veo. ¿Los platanales y los racimos? Sí. ¿Ves los frutos maduros? Sí, sí. ¿Quieres la fruta? Sí. Pero ¿cómo sería posible? ¿Qué se necesita Ana para el fruto? Agua. Te traje el agua que fecunda. ¿Harías eso Manuel? Le había sido revelado como si por primera vez ella lo reconociese. Serás el dueño de las fuentes, marcharás– dice ella. Llena eres de espíritu, y serás la señora del jardín. Luz: no el sol, el gozo. Sí, ¿Ana? Sí, mi señor.

Este es el relato desnudo, filtrado de las críticas susodichas. Él dice no a la tesis expresa. Es reconocible palabra por palabra, figura por figura, y nada aquí ha faltado, ni siquiera su propia explicación por lo más natural. Id a ver a Filippo Lippi o Ghirlandaio. Id a leerlo o en Lucas o en Mateo. Se llama la Anunciación. Ana.



Anunciación de Filippo Lippi y de Ghirlandaio

Delira Delivrance: el hombre está abandonado. El Señor es el creador, del cielo y de la tierra, y la tierra está en el dolor, entonces el Señor es el creador del dolor, el creador de la miseria. Me duele todo mi cuerpo, y todo mi cuerpo pare la miseria. No tengo necesidad de las maldiciones del cielo y del infierno. Sus ojos tienen una luz de fuente. Annaïse: Manuel, Manuel, ¿eh? No, Dios mío, no eres bueno, no es verdad que seas bueno. Te llamamos, tu no escuchas. Mira nuestro dolor, contempla nuestra pena, percibe nuestra tribulación. ¿Es que duermes Dios mío, eres sordo Dios mío, eres ciego Dios mío, no tienes entrañas Dios mío? Dónde está tu justicia, dónde está tu piedad, dónde está tu misericordia?

El libro de Job.

Y Caridad partió también.

Sí, es bien cierto, piensa Manuel. La vida es la vida: haces bien en tomar caminos de travesía, hacer un largo desvío, la vida es un continuo retorno. Los muertos, se dice,

regresan a Guinea, e incluso la muerte no es mas que otro nombre para la vida. El fruto se pudre en la tierra, y nutre la esperanza de un nuevo árbol.

Si el grano no muere... El modelo reducido del relato: Manuel muere para el nuevo fruto de Annaïse. La figura del círculo. Muerte y resurrección. El sol.

Manuel, se está como en una islita. Se está lejos, estamos en el fin del fondo del mundo. En el comienzo del mundo. Porque en el comienzo de los comienzos había una mujer y un hombre como tú y yo; a sus pies corría la primera fuente y la mujer y el hombre entraron en la fuente y se bañaron en la vida. Ella entró en el misterio de la higuera maldita. Terror sagrado. El árbol. Las ramas cargadas de musgo argentado. No se ve su cabeza, su cabeza está en el cielo. Sus raíces tienen agua. Te saludo, agua bendita.

Eva. Haití, oeste del Edén. Isla tan lejana, al oeste del Tigris.

El agua arrastraría consigo una voz que era el tumulto de su sangre. Voy a morir. Las aguas y la sangre. *El agua lavará la sangre.* La sangre de Manuel compra el agua y rescata la sangre. La sangre de Annaïse es el agua de la tierra. Habrá que mostrar inmediatamente que los Evangelios están contruidos en torno a un ciclo de metamorfosis líquidas.

La pasión según Manuel. Os traigo el agua viva. La bebida de inmortalidad. Comparece ante el tribunal, a la asamblea del pueblo que lo odia. *He venido, hermanos. Vengo con la paz y la reconciliación. Recuerda: se te ha acusado de haber robado en el jardín, y yo me presenté para confesar que fui yo. Y mi padre me ha arrancado la piel de mi espalda a fuetazos.* Del pecado original a la flagelación. *Encontré a los habitantes dispersos. La sangre corrió, la muerte del padre. Salvador está muerto y la venganza se ha cumplido. Habéis vendido vuestra conciencia por algunas gotas de agua. Venderíais bien tu conciencia si fuese clarín. Judas Gervilen. Desaparecía en la noche. Aquí está mi mano para la paz y la reconciliación. Toma este pedazo de madera de pino. La antorcha del pino arrojaba un poco de luz en torno a él.* El jardín, el otro jardín, el jardín de las estrellas. Golpe mortal. *Voy a morir. El desgraciado*. Abandonado. Hacia la tumba, hacia el polvo. Tengo sed. Dime el nombre del bandido. Madre, perdónale. No, no es menester repetir la historia del asesinato, el asesinato de Salvador. Lo que cuenta es el sacrificio del hombre. Es la sangre del negro. Di la voluntad de sangre que ha corrido: la reconciliación, la reconciliación para que la vida recomience, para que el día se levante sobre el rocío. Él ha traído su promesa. El testamento de la nueva alianza. Ella lanza un grito, su cuerpo abre sus brazos, crucificado. Hay luz en la frente de Manuel.*

No era Manuel, ese gran cuerpo frío, insensible y rígido. Sólo era su apariencia de piedra. El verdadero Manuel marchaba, caminaba, por los cerros y los bosques, a pleno sol. O resucitará del vientre de Annaïse.

Había luz en tu frente. Incluso la muerte no puede borrarla. Que esa luz te guíe.

Esta tierra que tanto ha amado que en verdad ha muerto por ella.

La buena nueva es transmitida, y la promesa de alianza: *lo que cuenta es el sacrificio del hombre, la sangre del negro.*

Ha querido, comprendo ahora, que su muerte sea para nosotros el recomienzo de la vida.

No, no estaba muerto. Va a regresar.

Por una vez, la cuestión de saber si el autor tiene claro, o no, sobre lo que escribe en realidad, algo tan poco interesante en la mayor parte de los casos, se encuentra

* en español, en el original, y con esa grafía (n. del t.)

decidible. ¿Toma una distancia con respecto a su producción? Sí, esta distancia existe, es medible con bastante exactitud. Antes de evaluarla, tomemos un texto paralelo. Otro relato agrario, poco alejado en el tiempo y en el espacio, donde los Sinópticos están en juego, a propósito precisamente de la negritud. William Faulkner los recompone en *Light in August*. La crítica americana ha reconstituido término a término el diccionario, ha señalado las huellas de la proyección, ha reunido el juego de las claves, de plano como si se tratase de los elementos de un rompecabezas. Dar a los personajes su segundo nombre, a los episodios su segundo cuadro, a los discursos su intención duplicada. Como si existiese un relato de grado normal tras el relato de grado cero. Esto consiste en leer lo proyectado a partir de los puntos terminales de las líneas de llamamiento. Se juega a la adivinación, se descifra al travesti. Ahora bien, nada se ha hecho verdaderamente mientras que no se localicen las leyes de la transformación, el sistema completo de sus referencias, el conjunto regulado de las operaciones de transcripción. La cosa no es para nada fácil, sin embargo es posible. Que Joe Christmas, por ejemplo, sea Cristo mismo no tiene ninguna dificultad; pero él es a la vez el hijo y el padre, puesto que su nombre es Joseph, y que Maria, encinta, viaja, abandonada, él es negro y blanco, negro-blanco, es el mismo y el otro, de hecho es el Cristo y el Ante-cristo. No es difícil sospechar que Roumain haya intentado estrictamente la misma aventura. El proyecto sabio de *Luz de agosto* no es simple, cilíndrico o cónico como se dice en geometría; tampoco es por otra parte una simple inversión, la que le ha faltado al relato haitiano. Aquí, el sol fuego, citado casi en cada página, dios, padre, macho, fecundador y castigador, conserva su curso natural, y sus amores cósmicos con el agua de la tierra, hembra y hundida, tienen su fin natural; Manuel en los brazos de Annaïse, desgarradura, apretón, liberación, y fecundidad. La traducción es casi trivial, una proyección lineal. Allí –y Faulkner lo dice en términos expresos– “el sol, en lugar de ocultarse, se da vuelta en el cielo y se regresa sin haber tocado el horizonte”; y Christmas es castrado. El tiempo gira a la inversa. Agosto está en plena noche, el invierno es luminoso: *Tinieblas de diciembre*. Tenemos pues la Escritura anti-Escritura, este es el Evangelio negro. Pero de nuevo, esto no es algo tan simple, y la inversión no es suficiente; la proyección conserva y contrapone a la vez, multiplica los a contrapelo y las intersecciones; esta transformación la he definido en otra parte como una cáustica.^{♦♦} En resumen, es tan compleja y sofisticada, tan delicada de manejar en su diagrama, que ha sido preciso algo más que la consciencia clara, la atención razonada de cada momento. La distancia tomada a la producción se mide con las longitudes mediatas de la deducción, con el espesor de los intermediarios de la traducción. El Cristo-Antecristo de Faulkner tiene la complejidad de una reflexión múltiple sobre un mito griego y nietzscheano, el círculo, el eterno retorno, el sol de los Atridas, la enfermedad y la normalidad, etc., el de Roumain tiene la simplicidad trasparente del modelo marxista, el espejo con dos imágenes, real y virtual, la ciencia y la ideología, que vibran solamente por la transposición agraria. Lo que los reúne es el proyecto, evidentemente, y la consciencia que de él tienen, y la crítica, feroz de una parte y de la otra, diferente sin embargo en las modalidades. Lo que los reúne es Freud, pero no el mismo Freud. Y aquí tenemos la distancia tan fácilmente medible, en los *Gobernadores del rocío*.

La proyección es aquí tan transparente que la distancia a la producción no puede ser evaluada sobre el diagrama mismo, ni sobre la contra-imagen de la crítica. Sino sobre la manera misma de dibujarlo. El dibujo, en un momento duda y deja ver el temblor. Los *Testamentos* no siempre son el origen de la imagen, el objeto de la transcripción. A veces el objeto no es el texto escriturario, sino su interpretación, y su interpretación analítica. Es en esta y por esta distancia que se descubre el autor. Apostaría mil contra uno que él

♦♦ < “Tablas para una cáustica”, p. 34 del libro *Juventudes, sobre Julio Verne*, 1974, tr. Paláu >

leyó *Tótem y tabú*, *El porvenir de una ilusión*, *Moisés y el monoteísmo*, etc. Él reduce a un intervalo genealógico ultra-corto, al alcance de la memoria individual, el gran gesto ancestral reconstruido por Freud sobre las mismas Escrituras: la discordia entre hermanos de un mismo padre, el asesinato primigenio del que se deriva toda la historia, la mitología y el sufrimiento humano. La tonalidad religiosa de la novela descubre de golpe lo que, a los ojos del autor, la hace posible, y engendra la culpabilidad. La presencia, obsesiva, del padre Sol confirma la hipótesis.

Es una historia antigua. La sangre corrió. Se llamaba el General Lonjeannis, un negro de grandes maneras, un patriarca. Ya no se ve este formato. Para él, todos éramos por así decirlo parientes. Había tenido hijos sin cuenta. Murió. Y la repartición se ha hecho por el asesinato. Y fue Salvador el que mató. ¿Fratricida o Parricida?

Tres contenidos claramente distintos. La tesis socio-política y su doblete, la crítica de las ideologías: el habitante es el único dueño de la tierra, por y en su trabajo en el seno del colectivo. La infraestructura agraria y el matorral inmediato de sus mitos: honor, dueña del agua, respeto, dueño del sol. La proyección de las Escrituras, duplicada por su clave de análisis: Lonjeannis, patriarca, don, general, ya no se ve de ese temple; su descendiente, Jean como él, al final del árbol genealógico: en verdad, en verdad, tu muchacho era un negro muy bueno, un habitante hasta la raíz del alma, no se encontrará pronto a nadie que se le parezca. Entonces, adiós jefe. Manuel Juan-José, ¡ey! negro valiente ¡he! ¡oh! Tres sistemas de dominación codificados en los tres contenidos. Los amos, ya no son Hilarión y su Florentina, los de la ciudad y del dinero, sino nosotros, el convite, los proletos. Sin embargo el dominio está en las fuentes de energía: la fuente líquida y el jefe de fuego. Está en las manos de los del linaje que marcan su tiempo y que son reconocidos: el gran ancestro común y el hijo del hijo de su hijo. Sistemas análogos en su formalidad pero diferentes hasta la contradicción. Decidid, ¿quién es el amo? Se puede morir de hesitar en la respuesta. Entonces Roumain responde todo a la vez y guarda los tres hijos juntos: el verdadero sol ha regresado, el agua reencontrada, el hijo de Bien-amado de retorno, luego resucitado, el convite de los antiguos tiempos reformado. Las contradicciones se apaciguan en un equilibrio que, bajo otros cielos, se llama sincretismo. Manuel es jefe político, amo sol y salvador sacrificado. Ya la estructura no es formal sino realizada. Su bufanda es roja: de la revolución, del sol y de la sangre. La razón de esta alianza, ¿inesperada?

La razón es el amo de los dueños, saber el tiempo y su forma de historia.

Délivrance: yo junto, coso y recoso el antiguo tiempo con estos días de ahora. Y a todos les toca repetir la vieja canción de las hilanderas, de los tejedores en las aceras y de las zurcidoras del hilo. Manuel, por ejemplo, en la cima del saber: oh, seguro que un día todo hombre se va a tierra, pero la vida misma es un hilo que no se rompe, que no se pierde, ¿sabes por qué? Porque cada negro, durante su existencia, hace aquí un nudo: es el trabajo que ha llevada a cabo y es esto lo que hace vivible la vida, por los siglos de los siglos; la utilidad del hombre en esta tierra.

Se cree el hilo roto y que hay dos tiempos. El gobernador del rocío aquí está: el que llena las desgarraduras. Él cose, le hace un nudo al hilo. Un recosido. Roumain pone de acuerdo a los amos recosiendo los hilos del tiempo. Una vez se ha ido Manuel, cuando oculta su vida, deja un hueco en la larga túnica de negro africano de su madre; está de regreso, en el morro en forma de cráneo, contempla el desierto, laguna sin agua. La discordia y el asesinato han repartido a machete el árbol de las genealogías. Los muertos asesinados asechan el pueblo como fantasmas. El mal sol castiga cada aurora. Es preciso recoser, hay que descoser. Recortar los bordes desflecados, atar de nuevo al punto en que el tejido es bueno. Deshacer las discordias, y reanudar con el antiguo tiempo de

abundancia, el tiempo de hace mucho tiempo. Reencontrar profunda el agua antigua, el agua que duerme y que no está muerta y, por medio de ella, renovar el viejo sol. Recoser el tiempo del mundo y el de los hombres, la generación. A la madre sin hijos, volverle a dar un hijo, una hija, y después un hijo a esta hija. Incluso si de nuevo el padre debe permanecer fulminado, incluso si el hijo debe ser asesinado. Quedan las mujeres, las que cosen. La anunciación en el jardín del Edén. Recoser el fin y el comienzo, el porvenir prometido al comienzo de los comienzos, más allá del hueco del tiempo, laguna o desgarradura, más allá de la desgracia, el desierto, las cosechas abortadas, la muerte, la sed, la sed y la miseria. La estructura es costura. Recuperar el buen hilo, reencontrar el buen ciclo, recortar el malo, terminar con las franjas, en torno a este margen. El buen hilo: el sentido de la historia, y no el otro sentido, contra-sentido, el hilo de agua, delgada lámina de plata que corre en la planicie, el hilo de las canciones, simidor, el hilo de la generación, de los hijos y de la filiación. La vida.

A distancia de mar de las razones razonantes, Roumain dice que es simple como buenos días: que los tres códigos están juntos estructurados como filtros, filtros de tiempo. Separan dos historias, la que es menester descoser, la que es imperioso recoser, el mal tiempo y el buen tiempo, antes y después de Manuel, el sentido y el contra-sentido, la acción y la reacción, lo antiguo y lo nuevo, el sol implacable, el fuego generador, el agua maldita con la que nos morimos, el agua que da. Filtros, reparticiones, críticas y regresos. Todo recomienza en el recto hilo. ¿Es verdaderamente fatal, cuando la palabra juzga, que sólo engendre mitos, al sol?

De hecho, ¿a qué vienen a hablarme de mitos o de razones cuando se trata de beber o de morir de sed, de tener hambre o de volver a ser capturado?

Bamako, ml; 29 de febrero de 1972.

Una vez terminadas estas líneas, un geólogo descubre una capa de agua bajo el acantilado Dogón. Este acantilado cuya aurora es el comienzo del mundo.

Y su mujer da a luz algunos días después.

Tabla de materias <dispuestas en los “clásicos” 201, 203 y 204>

Prefacio.....201

I.- CIENCIAS

Las traducciones del árbol.....201

Vida, información, segundo principio.....201

Traición: la thanatocracia.....

Traición: la thanatocracia: (Michel Serres) (L. A. Paláu Castaño, Trad.). (2012).

Ciencias Sociales Y Educación, 1(2), 189-215.

https://revistas.udem.edu.co/index.php/Ciencias_Sociales/article/view/824

II.- FILOSOFÍA

Descartes traducido en lenguaje estático: el círculo.....203

Leibniz vuelto a traducir en lengua matemática.....203

Augusto Comte auto-traducido en la enciclopedia.....203

III.- PINTURA

Traducción y aplicación: la ambrosía y el oro.....204

La Tour traduce a Pascal.....204

Turner traduce a Carnot.....

Turner traduce a Carnot: (Michel Serres) (L. A. Paláu Castaño, Trans.). (2015).

Ciencias Sociales Y Educación, 3(6), 240-247.

https://revistas.udem.edu.co/index.php/Ciencias_Sociales/article/view/3475

IV.- LA TIERRA

Roumain y Faulkner traducen la Escritura.....cuaderno 194

